



ARTE - HISTORIA FILOSOFÍA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



EL MAL DE OJO (NOTAS DE UN ENSAYO DE MEDICINA POPULAR)

por el

Doctor ANTONIO CASTILLO DE LUCAS

Madrid.

Definición.—Es una enfermedad o una desgracia que padece una persona por la influencia de la mirada de otra cuya vista tenga ese poder maléfico, según la creencia supersticiosa.

Extensión.—Geográficamente, no tiene límites esta creencia: es universal. Históricamente, tiene un origen primitivo, que viene transmitiéndose a través de las generaciones. En los tiempos presentes, la religión y la ciencia han podido limitarla, pues ya apenas tiene arraigo más que entre gente inculta.

El daño que ocasiona el mal de ojo comprende no sólo al hombre individualmente considerado, sino a sus asociaciones, y así, altera la paz conyugal en los matrimonios, ocasiona desavenencias en las familias, epidemias en los pueblos, etc. A los animales les produce muertes y enfermedades. Los vegetales se secan y los frutos se agusanan, y hasta los objetos inanimados, como los cacharros, se rompen, o se hunden los tejados de las casas. Es maleficio de todos los tiempos y para todas las cosas.

Sinonimias.—Los griegos y los romanos lo llamaron *hechizamiento*. San Pablo nos habla de *fascinación*. Limitándonos a la península, se llama *mal de ojo* y *aojar* en Castilla y Andalucía; *mal de ollo*, *mal güeyo* y *agüeyar*, en Galicia; *begütsk*, en Vasconia; *ull pres*, en Levante; *mau-ohado*, en Portugal, etc. En Hispanoamérica es muy usado el término *daño o quebranto*.

Aojadores.—Hay personas que poseen el *ojo natural*, y el maleficio, cuando son personas normales, procuran no ocasionarle, salvo que los impulse el odio, la venganza o la envidia, mecanismos generales de todos los aojamientos. Los libros de supersticiones cuentan de estos individuos que, para evitar el mal, gastaban gafas ahumadas, y aun alguno rompía piedras con la mirada por la mañana, al salir de casa, para así tener la vista desgastada para todo el día; todo ello es, sin duda, fabuloso.

Los individuos tarados tienen, según el vulgo, poder de ojo natural, y por eso tienen tanto temor a que los mire mal un bizco, tuerto, pelirrojo o jorobado. Esta creencia se funda, sin duda, en el complejo de inferioridad que tienen estos sujetos cuando no sobrellevan su desgracia con resignación y el ambiente no les es comprensivo y piadoso.

El aojamiento diabólico se debe a un pacto con el demonio; incluye a las gitanas que, en un momento de ira por no darles limosna para sus churumbeles, lanzan una maldición y fulminan una mirada de odio. Las brujas y las hechiceras son las que tienen el mayor poder con este maleficio; el pactar con el diablo lo hacen para remediar su triple desgracia de viejas, feas y pobres, y así tienen el dominio, y remontando el vuelo por los aires montadas en una escoba, hacen el mal de ojo a quien desean aniqui-

lar. Satisface las apetencias sexuales en los *aque-larres*, en torno al macho cabrío, y se alimentan chupando la sangre de las jóvenes hermosas y de los niños rollizos. Creencias todas absurdas, pues ya los médicos del XVI demostraron que eran fantasías y ensueños producidos por untos y bebedizos a base de beleño y adormideras, que las sugestionaban tales poderes sobrenaturales.

Patogenia.—Casi todas las doctrinas coinciden en que el *mal de ojo* es producido por un vapor sutil que se engendra en el cuerpo del hechicero y que se emana por la vista. Santo Tomás creía que los aojadores inficionaban el aire hasta determinado espacio; del mismo modo lo hacían, según el marqués de Villena, las mujeres menstruosas cuando se miran en el espejo y con la vista «facen en él má-culas»; igual pensaba doña Oliva de Sabuco al decir que el veneno que se pega por el aire del aojador entra por los ojos del aojado. Todas estas teorías nos explican que existan tantos medios para evitar el mal de ojo «cortando el aire», o interponiendo anteojeras para que no se haga maleficio por la mirada.

Varios médicos han tratado del mal de ojo, y alguno, como un catedrático de Alcalá del siglo XVI, el doctor Suárez de Ribera, creían en el mismo. Otros, como Cristóbal de la Vega, lo niegan, y el doctísimo Francisco Vallés, en su obra *Sacra philosophia* (1587), dice «que todo es fábula y entretenimiento de viejas, o gran superstición, porque el ojo que sólo puede haber y el que hubo antiguamente es por pacto del demonio».

Síntomas.—En el siglo XV, el marqués de Villena, en su libro de aojamiento, decía: «Se conoce así la catadura del enfermo aojado cuando tiene la vista turbada e ama tener los ojos bajos, e estar echado, e no sentir fuerza, e estar pensoso, e suspirar de vagar, e tener cuidado sin saber de qué. El sentir queje en el corazón, escurecimiento e dolores en el cuerpo; no querer comer, ni tener señales de especial dolencia...; préstanle poco las comunes melecinas, e aun fallarle a las veces, frío e súbito. Se muda de color, alternándose por veces trocados e sudores que le vienen no razonables, y luego los dejan e aprieta las manos e esconde los pulgares, e bosteza a menudo, e tiene el oído más agudo que de antes y estríñese el vientre.»

El doctor Bethencour, de Canarias, según nos refiere Salillas en su trabajo *La fascinación en España* (1905), describía tres tipos de síntomas:

- Quebranto, amodorramiento, indiferencia con o sin calentura, estupor. Evolución aguda.
- Malestar general. Bostezo, estiramiento de miembros, tristeza, desgana y mal gusto de boca. Este estado era pasajero.
- Los casos crónicos se caracterizaban por des-

madejamiento general, pérdida de color, inapetencia, hasta llegar al estado consuntivo.

Consultados varios médicos rurales, especialmente de Galicia, donde el mal de ojo es creencia muy frecuente, afirman que los casos tenidos por tales son: en los niños, de raquitismo y trastornos tróficos, y en las personas jóvenes, la tuberculosis pulmonar y visceral... otros son casos varios de psiconeurosis.

Diagnóstico diferencial.—Los malos aires, emanados por enfermos, animales inmundos, difuntos, etcétera, creen, sobre todo en Galicia, que pueden contagiar y producir un síndrome semejante al mal de ojo; la diferencia está sólo en la causa, pues se relaciona con la aproximación de uno de estos motivos del mal de aire; igual pasa con el mal de sombra (sombra de higuera, de difunto, etc.). El doctor Lis Quiben, en su *Medicina popular de Galicia*, describe ambos males.

El mal pagano es producido por besar a un niño antes del bautismo; ello no deja de ser una creencia de valor higiénico que ha llegado a las ciudades, por lo que se aconseja poner a los niños una medalla en sitio visible, que diga: «No me bese.»

Los endemoniados se diferencian de los aojados, según los exorcistas, en que los primeros se ponen furiosos cuando se les habla de Dios, se expresan en lenguas extrañas, no suelen desmejorar de estado general.

Los alunados se agravan por la influencia de la luna; y el mal les sucedió porque la luna les dió antes de los seis meses; clínicamente, son niños postencefalíticos en su mayoría.

Las hechiceras recurren para el diagnóstico diferencial a las pruebas de las gotas de aceite echadas en el agua; si las gotas se deshacen, es que hay mal de ojo. También consideran como signos agitar el agua de una cazuela y comprobar si se forma espuma.

Otros medios son el examen de los cabellos o el de trozos de vestido de la persona aojada, etc. En la obra *Supersticiones españolas*, de Sánchez Pérez (1948), pueden ampliarse estos medios diagnósticos que, sin fundamento racional, emplean las curanderas.

Pronóstico.—Era siempre grave, especialmente si recaía el mal de ojo en niños y jóvenes; de ahí la preocupación de buscar la causa del aojamiento, pues era regla el que sólo curaba el ojo quien lo ocasionó; por eso, cuando se sospechaba de la persona que lo había producido, se la solicitaba para que lo curase, recurriéndose, bien al soborno con regalos, o al temor por el castigo; esto era, desgraciadamente, muy frecuente, y el doctor Mariscal, en su época de médico de Nuévalos (Zaragoza), me refirió uno de estos casos en que la calumnia se cebó sobre una pobre vieja de que había echado el mal de ojo a una joven que se había puesto tísica.

Tratamiento.—Los métodos preventivos del mal de ojo fueron siempre los predilectos, pues cuando el sujeto padecía el aojamiento su remedio era difícilísimo, ya que, en verdad, se trataba de enfermedades consuntivas.

Los amuletos son unos recursos para prevenir el mal de ojo, y cuyo fundamento es muy variado. Unos pretenden ahuyentar el mal por el color (telas rojas, amarillas, etc.); otros, por el olor (diente de ajo, estiércol, etc.). Muy frecuentes eran los amuletos terroríficos para asustar a los malos espíritus (quijada de animal, uña de la gran bestia, cabeza de lagarto, culebra). El más frecuente era la higa, que se representaba por una mano cerrada y con el pulgar metido entre el índice y medio, es un signo obscuro. Las higas se fabricaban en toda clase de metales y sustancias; famosas eran las de azabache, de Santiago de Compostela.

Como amuletos religiosos, utilizaban medallas, escapularios, cruces, nóminas, evangelios, etc.

Como tratamiento efectivo, empleábase todos los recursos de la medicina popular, tanto supersticiosos (ensalmos, magia de transmisión, cortar la línea visual entre el aojado y el causante, etc.), como las prácticas religiosas de poner la ropa del niño debajo del altar, pasarle debajo del palio, oraciones múltiples, etc., y los recursos naturales de cataplasmas, sobos, bebedizos con hierbas variadas, entre las que nunca falta la ruda.

Como superstición que es el mal de ojo, ha de curarlo siempre un curandero, brujo o hechicera que tenga ese poder—falsamente—sobrenatural que les atribuye el pueblo.

Juicio crítico.—Científicamente, no puede admitirse el mal de ojo como tal poder maléfico de la mirada para producir desgracias físicas y enfermedades. La creencia en el mal de ojo era antañón tan influyente, que bien pudiera considerarse como una neurosis colectiva.

Los médicos, investigando las causas naturales de las enfermedades, lograron desterrar poco a poco esta falsa creencia.

No puede negarse la influencia de la mirada como expresiva de los sentimientos; bien nos lo dice el refranero, siempre sensato, para expresar el amor: «Ojos que bien se quieren, desde lejos se saludan», o el odio: «El ojo muestra el enojo.»

La antipatía puede producir perturbaciones psíquicas que denuncian una mala mirada; y, por el contrario, nada conforta más el alma que la caricia de unos ojos; de ahí que tanto interese mirar a los ojos cuando nos hablan para conocer el estado psíquico y reaccionar como precise; por eso desconfía de aquellos que no miran con nobleza, frente a frente. «De quien pone los ojos en el suelo, no te fies ni un pelo.»

MENOPAUSIA

Danestrón

RESTAURADOR DEL EQUILIBRIO NEUROENDOCRINO DE LA MUJER



INSTITUTO FARMACOLÓGICO LATINO S. A. - MADRID